



## LA CORONA DE AZAHAR

### I

**D**ICEN que tienes que marchar, ¿es cierto?  
Dímelo, Jorge, dímelo ó me enfado,  
Dicen que el siete zarparéis del puerto.  
¿Es cierto? ¡sí! ¡qué triste es ser soldado!  
Y dices que me quieres con locura  
Y hasta escribes mi nombre en tu machete;  
Pues vaya que me gusta tu frescura,  
Te callas como un muerto  
Y aunque estamos á cinco, el día siete  
Aseguras tranquilo que es muy cierto  
Que el día siete zarparéis del puerto.

.....  
— ¡Adiós! Ana, me espera mi navío  
Antes de un año volveré á buscarte.

— Júramelo por tu honra, Jorge mío,  
Júrame no olvidarme.

— Ves, Ana, aquel naranjo, el más lozano  
De todos los naranjos de tu huerto,  
Donde grabé enlazados nuestros nombres;  
Pues te juro, bien mío, si no he muerto,  
Cuando vuelva á dar flor pedir tu mano,  
Y con su azahar coronaré tu frente  
Que será entre sus flores la más pura,  
Y en la Iglesia vecina el señor Cura  
Unirá nuestras almas santamente.

.....  
.....  
¿Será verdad? decía sollozando  
Ana que recordaba  
Aquel sano consejo  
De un tío suyo que murió de viejo,  
(Escéptico en amor, que aseguraba  
Que desde que perdieron la inocencia  
Eva y Adán, los hombres y mujeres  
O han buscado al amarse los placeres,  
O entienden el amor por conveniencia).  
Pero es el caso que Ana,  
Que había puesto en Jorge su cariño,  
No pensó más allá que piensa un niño  
Ni imaginó lo incierto del *mañana*.  
Y como aun sin saberlo es inocente

Allí mismo en la orilla  
Delante de la gente  
Sin darse cuenta en amoroso exceso  
Acercó á la de Jorge su mejilla  
Y un beso le cambió por otro beso.  
.....  
.....  
Pasaron días y después semanas;  
Y todas las mañanas  
Al contemplar la estela del velero,  
Permanecía Jorge el marinero  
De tal manera absorto, ensimismado,  
Que cualquiera diría,  
Que su alma se anegaba en poesía  
(Si la poesía es lícita á un soldado.)  
El limpiaba las bordas y el juanete  
Y trepaba á la cofa de mesana,  
Se colgaba en las vergas del trinquete  
Siempre pensando en Ana,  
Mientras seguía el barco su carrera  
Veloz de tal manera,  
Que ya le sople el viento  
De bolina, de popa ó barlovento,  
O revuelto le acose en los ciclones,  
Ya terrible levante tempestades,  
Convirtiendo del mar las soledades  
En hondos turbiones,

No recorre los mares más ligero  
Que el velero de Jorge otro velero  
. . . . .  
. . . . .  
¿Sabéis Ana que hacía  
Mientras Jorge corría y mas corría?  
Pues la pobre lloraba,  
Lloraba en el jardín de sus amores  
Y las flores con lágrimas regaba  
Y aun brotaban sus lágrimas más flores  
Y si por dar alivio á los pesares  
Algún cantar preludia, cuando canta  
Antes que nacen mueren sus cantares  
Pues la pena los ahoga en su garganta.  
Pasó el verano y se acercó el invierno  
Y Ana esperaba un día y otro día  
Una carta que Jorge no escribía,  
¡Dios mío! ¿será eterno  
Su silencio? decía en su delirio  
Y aunque raya en lo místico su alma,  
Rogaba á Dios le ahorrara aquella palma  
De un martirio de amor al fin martirio. →  
Pero nada de cartas; el correo  
Que era un hombre muy feo  
Era casi un demonio para Ana.  
Por fin una mañana  
Entró mi hombre una carta muy contento,

Y aunque era repugnante como un sapo,  
Apostaría doble contra ciento  
Que era entonces para Ana un hombre guapo.  
No pensó más sedienta de noticias  
De Jorge el marinero,  
Sin dar los buenos días al cartero  
Rasgando el sobre desdobló la carta  
Y al buscar anhelante  
Allá al final de la carilla cuarta  
La firma de su amante;  
En vez de hallar un *Jorge que te adora*  
Encontró la infeliz para su daño  
¡Amargo desengaño!  
«Tu Tía, que te quiere, *Salvadora.*»  
No pudo más, y sin leer siquiera  
Partió la carta en veinticinco trozos  
Y rompiendo en sollozos  
Y loca por la pena que la hiere  
Se decía pensando á su manera:  
¿Qué me importa si Jorge no me quiere  
Que mi tía me quiera ó no me quiera?  
Desde el día aquel Ana  
No fué más Ana; el sol de sus amores.  
Al alborear en plácida mañana,  
Sin que la noche con su luz sacuda  
Escondió sus divinos resplandores  
Tras las nubes opacas de la duda;

Las frescas rosas de sus dos mejillas  
Tornáronse amarillas,  
Las breves líneas de sus labios rojos  
Parecían de hielo,  
Y el destello profundo de sus ojos  
Con esa beatitud que apaga enojos  
Copiaba azul la inmensidad del cielo.  
Y al verla llorar tanto  
Le decían tal vez sus compañeras  
— ¿Por qué lloras, querida?  
— Soy así, contestaba, horas de llanto  
Y reír un segundo esa es la vida.—  
Entre tanto la pobre poco á poco  
Como luz mortecina que se apaga  
Se iba consumiendo,  
Su pobre Tío se volvía loco  
Por encontrar la llaga  
Y su salud tan quebrantada viendo  
Que llegaba á inspirar serios temores,  
Reunió en una consulta los doctores.  
— Es tisis, decía uno,  
Que observó el gorgorismo de su pecho,  
Dudo que llegue á abandonar el lecho.—  
Habló el más viejo y dijo:— Yo, señores,  
Siento que en el aprecio disentamos  
Del mal que nos ocupa, el caso es grave  
Y digo yo: quién sabe

Si acaso esos rumores  
Que observo al auscultar, salen del pecho  
O es la pleura que oprime los pulmones;  
O son del corazón según sospecho.  
Yo opino que los vasos arteriales  
No ejercen por completo sus funciones,  
Los ventrículos marchan con torpeza  
No funcionan las válvulas mitrales  
Y de aquí el divagar de la cabeza,  
Y paso á formular mi diagnóstico:  
Tiene esta niña el corazón muy grande  
Hipertrofia cardial, y es mi pronóstico  
Que si no cesa ese rumor eterno,  
—No sé, no sé si pasará el invierno.  
Y tenía razón; la niña aquella  
Tan pura y candorosa como bella  
Tenía un corazón tan grande, cuanto  
El pecho era estrecho, tan estrecho  
Que le saltaba el corazón del pecho.  
. . . . .  
Nevó aquel año tanto  
Que el blanco de la nieve y de las flores  
De los pocos naranjos que vivieron,  
Mezclaron sus colores,  
Y todos los ancianos convinieron  
En que nunca en los días de su vida

En el país se viera  
En extraño consorcio tan unida  
A un invierno glacial la primavera

. . . . .  
. . . . .

La pobre Ana entre tanto  
Aunque vive viviendo de esperanza  
Triste como los últimos fulgores  
Del sol crepuscular que en lontananza  
Oculta de la noche el negro manto;  
Anémica y sombría,  
Víctima la infeliz de sus amores,  
Se acercaba al sepulcro cada día  
Pensando siempre en Jorge el marinero.  
¡No me ama! se decía, por mi suerte  
Aun me queda otro amor, el de la muerte;  
Tal vez me ama ¡sí! ¡sí! destino fiero  
Por qué morir tan joven; ¡Dios piadoso!  
Si Jorge me ama es el vivir hermoso;  
Yo quisiera vivir, y entonces iba  
Al huerto, donde riega porque viva  
El naranjo querido cuyas flores  
Juró Jorge enlazar á sus cabellos.  
¡Ay triste! si el naranjo aquel muriera  
Confidente feliz de sus amores,  
Ana sufriendo su mortal herida  
Los destellos perdiera

De sus ojos azules, y con ellos  
Al perder el amor diera su vida.

II

En tanto Jorge el mismo que juraba  
Al pie de aquel naranjo tan lozano  
Pedir de Ana la mano  
Si volvía á dar flor y si él tornaba,  
Conoció en Veracruz á una chilena  
Y sin pensar siquiera que en Europa  
Hay una amante que dejó hacia popa  
Y sin que el ser perjuro le dé pena,  
Talló con su machete de soldado  
Una cruz en el pie de un cocotero,  
Y cayendo á sus pies enamorado  
Le juró por la cruz amor sincero,  
Hasta que una mañana  
Cuando más olvidado estaba de Ana  
Tuvo Jorge que hacer rumbo á su tierra  
A seguir los azares de una guerra,  
Y al despedirse de su nueva amante  
Voluble como un niño,  
Le prometía en serio ser constante  
Si es el hombre constante en el cariño.

—No temas, mi paloma, le decía  
Con acento de amor que seducía  
Cuando otra vez florezca el cocotero  
Volverá por tu mano el marinero  
Convertido en teniente de navío,  
Y después de un *te adoro dueño mío*  
En criminal exceso  
Sin acordarse de Ana,  
En los labios de aquella americana  
Dejó loco de amor ardiente beso.  
Pocas horas después, con cielo hermoso,  
Izada la bandera,  
Surcaba el mar en rápida carrera  
El navío de Jorge, majestuoso.  
Y un día se pasó tras otro día,  
Y el Oceano seguía  
En su completa calma  
Sin que rice sus ondas leve el viento;  
¿Y Jorge?... tal vez siente que en su alma  
Se desata rugiendo la tormenta  
Que levanta cruel remordimiento.  
Por fin una mañana  
Alcanzaron á ver como una nube  
Una punta de tierra muy lejana.  
¡Hurra! ¡hurra! gritaba un marinero,  
No hay en España barco más ligero.  
¡Viva nuestro velero! ¡viva España!

Y aquella nube allá en el horizonte  
Se iba agrandando y parecía un monte  
Y las formas tomó de una montaña.  
Jorge estaba de guardia en las toldillas,  
Como una estatua, cabizbajo y mudo,  
De tal manera que cualquiera pudo  
Ver en llanto bañadas sus mejillas.  
¿Por qué lloraba triste aquel soldado?  
¿Qué pensaba? ¿qué hacía?  
¿Qué pena tan terrible le oprimía  
Para así vacilar? ¡desventurado!  
¿Eran los ecos de su amor primero  
Que traían las auras de su tierra?  
¿Ó el estampido fiero  
Del lejano cañón allá en la guerra?  
No adivináis tal vez; ¡ah! presa horrible  
De vengador tormento,  
Suspendido entre amor y sentimiento  
Luchaba entre lo real y lo imposible.  
Si se hundiera este barco, se decía,  
¡Qué dichoso sería!  
Triste, muy triste es el vivir ¡Dios mío!  
Si yo he de ser el único que muera  
Perdóname Dios santo, mas quisiera  
Que se hundiera en las ondas mi navío.  
. . . . .  
La mar estaba gruesa, pero el cielo

No podía inspirar ningún recelo.  
Era el trece de Abril; un viento fuerte  
Mantenia las velas tan hinchadas  
Que aún hubo que cogerles tres orzadas.  
Ligero, airoso sin temer su suerte  
Bogaba cabezeando el buen velero  
Sin que pierda un instante el derrotero,  
Mas de pronto, una racha  
Aceleró la marcha del navío  
Que se fué á embarrancar en un bajío;  
— ¡Amainad esas velas! ¡vira abante  
Hacia estribor! el capitán gritaba,  
Con voz que parecía de un gigante,  
En tanto que el vigía  
Señalaba en el barco la avería.  
No pudo resistir y dió un crujido  
Al encallar la quilla,  
Cual si exhalara el último quejido  
Algún monstruo del mar. ¡Ea! al instante  
Las bombas á evitar la vía de agua,  
Traed el cabrestante  
Y cerradme al momento esa escotilla,  
Otra manga, esta bomba no desagua;  
Y el agua iba subiendo en la bodega  
Y luégo... luégo á la cubierta llega.  
—Fuera amarras, al agua con los botes.  
El barco va perdido; ved si queda

Algún enfermo allá en los camarotes  
Y sálvese quien pueda,  
Decía el capitán con ronco acento  
Y lágrimas amargas en los ojos  
Cual si de aquellos fúnebres despojos  
Pronunciara al morir su testamento.  
Y por más que no hay hombre ni grumete  
Que no diga llorando  
Que no quiere meterse en ningún bote  
Si el capitán con ellos no se mete,  
¡Adiós! les dijo, que os salvéis os mando;  
Y tranquilo cerró su camarote.  
Y el barco abandonaron  
Y solos en el barco se quedaron  
El capitán y Dios; mas no, que miento,  
Junto á un girón de vela  
Que destrozara el viento  
Permanecía Jorge el centinela,  
Y al verle el capitán, entusiasmado  
Del valor y lealtad de aquel soldado  
Le estrechó entre sus brazos y le dijo:  
—Jorge, te pido que te salves presto.  
—Perdón, mi capitán, este es mi puesto  
Y en él el centinela ha de estar fijo  
Mientras quede un pedazo de cubierta  
Donde posar mi pie. ¡Desventurado!  
Aquel bravo soldado

Terciado su machete,  
Parecía mirar como un juguete  
La llanura del mar siempre desierta,  
Inmensa tumba que á sus pies se abría  
Y estático, de pie, mudo y sombrío,  
Como un mástil clavado en el navío  
Al hundirse en las ondas, parecía  
Fatídica figura,  
Siniestra evocación, fantasma humano  
Que empezaba á tragarse el Oceano  
Convertido en inmensa sepultura.

. . . . .  
. . . . .

Y después... ¡ah! después silencio y muerte  
Y el chapotear del mar contra la roca  
Rumor siniestro que en la mente evoca  
El sarcasmo sangriento de la suerte.  
Nada hay que turbe el lúgubre misterio  
Del vasto cementerio;  
Sólo se oían fúnebres en torno  
De aquel naufragio de esperanzas rotas  
Olfateando el festín, las gaviotas.

III

Pasó una noche, y al rayar el día  
Mi buen Jorge dormía,  
Y no el eterno sueño en el abismo;  
De fijo no acertáis donde se hallaba  
El bravo centinela; descansaba  
Soñando en delirante paroxismo  
En la choza de humildes pescadores.  
—Callad, decía, á ver si os estáis quietos;  
Una anciana que raya en los setenta  
A unos niños alegres, bullidores  
Como rayos de sol, que eran sus nietos.  
Tened hijos en cuenta  
Que duerme en esa cama un marinero  
Que salvó vuestro padre en la tormenta;  
No piséis fuerte, y si tenéis cuidado  
Os promete esta noche vuestra abuela  
Que os contará la historia de Gabriela,  
O el cuento de aquel pájaro encantado.  
¡Silencio! les decía, hablad muy quedo,  
Y tapaba su boca con el dedo.

. . . . .  
. . . . .

Aún se oía en la negra chimenea  
Que sube hasta el tejado de la casa  
El viento fiero que silbando pasa  
Y los álamos blancos verduguea  
Entre sus ramas fúnebre llorando;  
Y aquel bramar extraño de los vientos  
Mezcla de imprecaciones y lamentos  
Siniestras carcajadas de la suerte  
Al cortarse en las rocas, parecía  
Que el viento se dolía  
En ayes melancólicos de muerte.  
Y Jorge en tanto, frío, aletargado  
Con el sueño profundo del ahogado  
Soñaba delirando mil visiones,  
Abismos insondables de los mares,  
Monstruos gigantes, mágicos cantares,  
Mundos ignotos, lóbregas regiones,  
Imágenes etéreas peregrinas  
De vaporosas hadas,  
Madréporas y conchas nacaradas,  
Bosques inmensos, grutas submarinas,  
Y allá en el fondo de ignorado valle  
Hacia el final de una anchurosa calle  
Que modelan en formas caprichosas  
Bancos de esponjas, pueblos infusorios,  
Le parece que ve en su calentura  
Su propia sepultura

Entre nichos mortuorios  
Y que en aquellas fosas  
Hay cruces de coral sobre las losas.  
Y sin saber lo real, lo positivo,  
Sus sentidos inciertos  
Le hacen soñar al pobre, aunque está vivo,  
Que es un algo en el mundo de los muertos,  
Y soñaba de pronto que sentía  
Mucho frío, corriendo por sus venas  
Y sin dejarle respirar apenas  
Algo extraño que el pecho le oprimía,  
Y una mano de hierro le cogía  
Tirando sin piedad de sus cabellos  
Con tanta fortaleza,  
Que cualquiera diría que con ellos  
Había de arrancarle la cabeza.  
. . . . .  
Han pasado unas horas:  
Espesos nubarrones  
De un azul ceniciento  
Cruzaban en mil formas vagadoras  
Las etéreas regiones  
Como vellones que arrastrara el viento.  
En tanto Jorge sin saber, errante,  
Caminaba con paso vacilante  
Por las calles de un pueblo conocido  
Donde se halla una casa como un nido

Que entre flores de azahar está escondida  
Y en esa casa oculta es donde anida  
Una niña de rubia cabellera  
Ave gentil de amores mensajera.  
Estaba el infeliz tan aturdido,  
Que el eco de los pasos que avanzaba  
Le parece una maza que se clava  
En sus sienas que zumban palpitantes.  
¿Soy acaso aquel Jorge, el Jorge de antes?  
¿Quién soy yo? ¿dónde estoy? ¿quién me ha saca-  
De aquella jumba que me daba frío? [do  
Se pregunta en su loco desvarío.  
¿Ven mis ojos la luz? ¿están despiertos?  
¿Por qué me han despertado  
Si dormía tan bien entre los muertos? .  
. . . . .  
¿Será verdad? ¿las auras bienhechoras  
Me habrán vuelto á tus playas, patria mía?  
¿Sois luz, sois realidad ó fantasía?  
Imágenes del alma tentadoras,  
¿Por qué á mi mente recordáis las horas  
Que he pasado entre locas aventuras?  
Y Ana, ese ensueño de mi edad primera  
Que en otros tiempos adormía mi alma  
Como una aura feliz de primavera,  
¿Por qué me roba al recordar la calma?

¿Es que esa niña candorosa y pura  
Es víctima tal vez de mi locura?  
¡Oh! no, no me ama ya, soy un infame,  
Hice un crimen de amor que me condena  
A sufrir en el mundo horrible pena.  
¡Pero sí! tal vez me ame...  
Yo me echaré á sus pies; Ana es tan buena  
Que al verme arrepentido  
A sus plantas caer enamorado,  
Tal vez dará al olvido  
Absolviéndome así de mi pecado.  
Yo no soy yo; el Jorge aquel liviano  
Que juraba en el pie de un cocotero  
A una mujer de amor aventurero,  
Volver al nuevo mundo por su mano;  
Aquel soldado de ambiciones locas  
Naufragó entre unas rocas  
Encontrando por tumba el Oceano.  
¡Madre que en paz descansas en el cielo,  
Si es que escuchas mi llanto en esa altura,  
Ten piedad de tu Jorge sin ventura  
Que llora en vano sin hallar consuelo,  
Si es que condenas mi inmortal anhelo,  
Si no sientes de tu hijo la amargura  
¿Por qué cerraste, dí, mi sepultura  
Dejándome sin rumbo en este suelo?  
Si Ana no me ama, es un dogal la vida,

Oye Madre mi súplica ferviente  
¿Qué hará en el mundo un hombre que no siente?  
Buscando en vano la ilusión perdida  
Si me ha dado la vida un Dios clemente,  
¡Devuélveme mi amor, madre querida!  
Dijo y corriendo como corre un loco  
Y regando con llanto su camino,  
Una calle tras otra y más cruzaba  
Con marcha tan ligera,  
Que cualquiera diría le arrastraba  
La fuerza irresistible del destino  
En rápida carrera.  
Á una calle llegó por fin jadeante  
Una puerta buscó con ansia loca,  
Y con paso tardío, vacilante  
Latiéndole violento  
Dentro del pecho un corazón amaute,  
Franqueó la puerta que en su mente evoca  
Sueños de amor que se llevara el viento.  
Ana estaba en el huerto con sus flores  
Pálida y triste como flor marchita  
Que el viento fuerte con su aliento agita  
Por robarle sus últimos olores;  
A veces levantaba su cabeza  
En busca de aire, al respirar tosía  
Y su boca pequeña se teñía  
Cual si hubiera comido una cereza.

Pasó junto á un naranjo, alzó sus ojos  
Y allí á su sombra se sentó en un banco,  
Lecho nupcial de flores, tapiz blanco,  
Tejido con sus fúnebres despojos,  
Junto aquel árbol ocultaba el suelo;  
El viento del Oceano,  
Le había arrebatado aquellas flores  
Que en torno de sus pies amontonaba,  
Mientras Ana cogía con su mano  
Pensando en sus amores  
Los capullos de azahar que le llevaba  
La brisa hasta sus pies... luego un ruido  
Vino á sacarla de su triste ensueño;  
Volvió los ojos instintivamente  
Y al ver que un hombre avanza lentamente  
¿Es posible? ¿será mi amor perdido?  
¿Es realidad ó sueño?  
Se pregunta en nervioso paroxismo,  
—¡Ana!— ¡Jorge!— perdona á un desgraciado  
Que se arrastra á tus pies enamorado.  
.....  
Y lloraron los dos; pero un abismo  
Se abría entre su amor.—Jorge, dijo, Ana,  
Hoy te perdono yo, quizás mañana  
Yo necesite del perdón del Cielo  
Que me lave del fango de este suelo.  
— ¿Sí? ¿me perdonas Ana? ¡Eres tan buena

Como un Angel de paz! pero te pido  
No me condenes á sufrir la pena.  
¿Qué soy yo sin tu amor? algo perdido  
En una cárcel que se llama el mundo;  
Un sér aborrecido,  
Náufrago en mares de dolor profundo.  
Ana, te quiero más que á la memoria  
De la dulce sonrisa de mi madre  
Que escucha mis palabras en la gloria,  
Te quiero hoy mucho más que te quería,  
¿Recuerdas aquel día  
Que al pie de este naranjo eternamente  
Juré que te amaría y con sus flores  
Prometí coronar nuestros amores,  
Enlazando sus flores en tu frente?  
Vengo, pues, á cumplir mi juramento  
Solo tengo en tu amor mi pensamiento.  
¿Y tú ya no te acuerdas del soldado  
Que te juraba amante  
En su pecho tu amor guardar constante?  
¡Y callas Ana! dí ¿me has olvidado?  
Eres algo de mármol insensible.  
—Pintas, Jorge, un amor que te fascina  
Y tu alma no adivina  
Que aquello que juraste es imposible.  
—¿Imposibles? ¿por qué nuestros amores?  
¡Si esa es mi voluntad, si ese es mi anhelo!

—Mira, mira el naranjo, ya no hay flores,  
Están todas marchitas por el suelo;  
El viento las sopló de tu inconstancia  
Y perdieron sus nítidos colores,  
Su esencia virginal y su fragancia.  
— Ana, tienes razón; dentro de poco  
Partiré allá muy lejos de esta tierra,  
No vuelvas á acordarte de este loco  
Que va en busca de suerte  
A seguir los azares de una guerra.—  
Y esto diciendo y enjugando el llanto  
Que brotaban sus ojos á torrentes  
Se dispuso á salir de aquella casa.  
Ana palideció.—Dí, ¿qué te pasa?  
Dijo Jorge asustado, no lo intentes,  
Tú no te marcharás, yo no lo quiero,  
Murmuraba con voz que parecía  
Débil gemido. Y Jorge le decía:  
Si aquí viviera sin tu amor me muero.  
— Y si te amara yo— ¡dí! ¡dí! ¿qué has dicho?  
Si me quisieras como yo te quiero  
Dí que me quieres, Ana,  
No me hagas padecer suplicio horrible.  
—... Si ya no hay flores, Jorge, es imposible.  
— Bien, pues entonces partiré mañana.  
— ¡Ten compasión de una mujer que llora!  
Eres cruel, me has hecho mucho daño;

Siento aquí dentro palpar extraño,  
Dolor atroz que el corazón devora.

— Amame, pues, y un mundo de alegría  
Cambiará por placeres tus dolores.

— ¿Para qué quieres, Jorge, unos amores  
Que arrulla el estertor de una agonía?

— Quiero tu amor, porque en tu amor me inflamo.

— Y yo no puedo amar porque me muero.

— ¿Morir has dicho? ¡Oh! no, si yo te quiero.

— Me ahoga el dolor ¡piedad!... Jorge, ¡te amo!

.....  
Y se agitó nerviosa. La ruptura  
De un aneurisma le causó la muerte  
Y clavando sus ojos en el cielo,  
Patria feliz, donde aquella alma pura  
Iba á gozar de venturosa suerte,  
Su cuerpo frío desplomóse al suelo.  
El viento que aun gemía  
Le llevaba las flores que desgaja,  
Y ciñendo su frente parecía  
Que con aquellas flores le tejía  
LA CORONA DE AZAHAR para mortaja.

FIN

